



5ª edición

Miguel y la Patrulla Capulla

Inmaculada Díaz
Dibujos de ARTI*MAGOS

V A

LEER ES VIVIR



algar
editorial

Curro

Curro, el único amigo que tengo en el pueblo de mis abuelos, viene a la ciudad. Necesita una revisión ocular y, como sus padres no pueden acompañarlo, los míos se han ofrecido para recogerlo en la estación de autobuses, llevarlo a la consulta médica y devolverlo de nuevo a Pozoalbero.

Me pareció estupendo que Curro viniera a mi casa. Tenía un montón de cosas que enseñarle y también quería que mis amigos lo conocieran.

–Es un tío genial –les anuncié–. Sabe manejar un rebaño de cabras y ordeñarlas, confecciona ondas con esparto y trepa por los árboles como Tarzán.

–¿Y lleva taparrabos?

–¡Muy gracioso, Nano! –contesté.

A pesar de las bromas, yo sabía que Nano, Fede y Luis estaban deseando conocer a Curro, *el Apretao*.

–¿El Apretao?

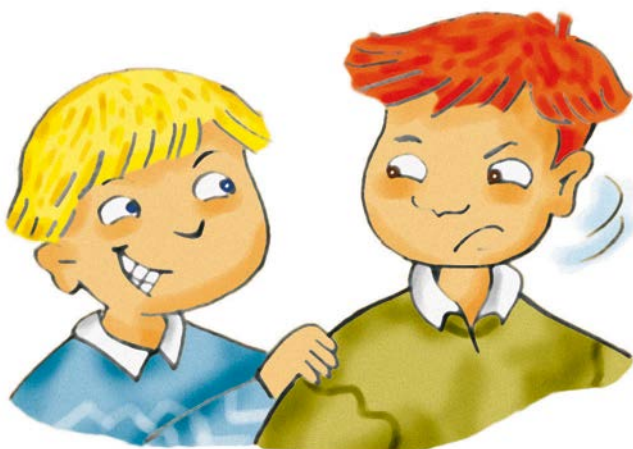
–En el pueblo –les expliqué, dándome importancia–, se suele poner apodos a las personas y luego este apodo se va pasando de padres a hijos, incluso a familias enteras. El abuelo de Curro siempre estaba dándose tirones de la ropa, como si le estuviese estrecha. Le pusieron el Apretao y Curro ha heredado el mote. Pero no se lo digáis, que es muy bruto y os puede dar un tortazo.

Entonces Luis puso cara de angelito para preguntarme:

–Y tú, Miguelito... ¿no tienes un mote familiar?

Me puse rojo como un tomate y le lancé una mirada asesina.

–¡Claro que no! Yo solo soy un Rojano. A mi abuelo no hay quien se atreva a ponerle mote.



Tuve la sensación de que no me habían creído y pensé que lo primero que harían mis amigos sería preguntarle a Curro quiénes eran los Rojano en el pueblo. Puede que, en un principio, Curro no dijera nada, pero seguro que lo enredarían de alguna manera. Incluso podían torturarlo hasta hacerle confesar mi secreto: sí, yo también tengo un mote, un mote horrible que quiero mantener oculto a cualquier precio.

La visita de Curro

Curro llegó en el autobús de las cuatro con su mochila llena de chorizos del pueblo, panes de higo y cebolletas frescas.

–Esto lo manda mi madre en agradecimiento por el favor que nos hace –dijo Curro, entregándole todo el cargamento a mi padre.

–¡Qué cosas tiene tu madre! No tenía que haberse molestado –dijo mi padre relamiéndose–. ¡Esto huele a gloria!

Mi madre arrugó la nariz.

–¿A gloria? Esto huele a matanza. Será mejor que pasemos por casa y dejemos la mochila.

–Pero cielo –protestó papá–, llegaremos tarde al oculista.

–¡No pienso oler a cebolla toda la tarde!
–concluyó mamá.

Nos metimos en el coche. La mochila de Curro nos enviaba sus aromas desde el maletero. Mi madre, nerviosa, abría las ventanillas. Papá aspiraba feliz.

Cuando llegamos a casa, Curro silbó admirado: nunca había visto un edificio tan alto.

–En la tele sí que los he visto, pero así, tan de cerca... ¡Es más alto que la Peña Tiñosa!

Le dije que en la ciudad había otros bloques de pisos mucho más altos. El mío sólo tiene ocho plantas.

Al entrar en el portal, Curro se quedó mirando el ascensor con aire desconfiado. Nos preguntó que en qué planta vivíamos y dijo que él subiría a pie para mantenerse en forma.

–Acompáñalo –me ordenó mamá–. No vaya a ser que se equivoque de piso.

Intenté protestar, pero Curro ya subía las escaleras de dos en dos.

–¡¡Cerdo apestoso el que llegue el último!! –me gritaba el muy idiota.

Y me convertí en cerdo apestoso porque llegué sudando y con la lengua fuera a la sexta planta, puerta A, donde vivo. Curro estaba tan fresco esperándome.

–Ahora mismo te quito lo que te han colgado.

–¿Qué? –pregunté alarmado–. ¿Qué me han colgado?

–¡¡Un saco de patatas en el culo!! ¡¡Ja, ja, ja!!

Curro no paraba de reír. Se estaba pasando.

Mis padres llegaron en el ascensor y mi madre me pidió que lo retuviera con la puerta abierta. Ella entró en casa y volvió armada con un frasco de ambientador y estuvo diez minutos pulverizándolo con aroma de piña tropical.

–Creo que estás exagerando, Elena –dijo mi padre.

—¿Quieres que todos los vecinos sigan el rastro de las cebolletas y chorizos hasta nuestra puerta?

Pero resultó que sí, que mamá había exagerado y cuando quisimos bajar en el ascensor empezamos a estornudar y a lagrimear, así que bajamos a pie desprendiendo un intenso perfume a piña.

Con tanta pérdida de tiempo llegamos tarde a la consulta del oculista y tuvimos que esperar más de tres horas para que nos recibiera. La sala estaba llena.

Mamá nos mandó sentar en un extremo. Nos dejamos caer en unos sillones de piel marrón tan mullidos que parecían querer tragarnos. Las piernas nos quedaban en el aire.

—¡Mi madre! —gritó Curro—. ¡Este sillón es un devoraculos!

Nos dio un ataque de risa. Mis padres nos llamaron la atención, pero yo no podía dejar de reír. Curro decía muchas tonterías, como que el oculista se llamaba en realidad doctor «sacaojos» y que en vez de gafas le iban a poner dos rodajas de mortadela atadas con

un alambre. Por fin llegó nuestro turno. Curro entró con mi padre a la consulta. Mamá y yo nos quedamos en la sala.

–¡Dios santo, Miguel! –suspiró mi madre–. ¿Por qué te comportas así? No sé qué extraña influencia tienen sobre ti Pozoalbero y sus habitantes. Te cambian totalmente, hijo.

–Estábamos bromeando, mami. Es muy aburrido esperar en una sala.

–Eso no es excusa para reír, gritar y molestar a los demás pacientes. Menos mal que dentro de una hora esta influencia maligna estará de camino al pueblo.

Pero los deseos de mi madre no se cumplieron: a la «influencia maligna» le pusieron unas gotas en los ojos y tuvimos que esperar un buen rato hasta que el doctor nos dejó marchar. Curro perdió el autobús de vuelta.

Lo primero que hice al llegar a casa fue llamar a mis amigos y quedar con ellos en el parque para presentarles a Curro.

Curro impresiona. Es delgado, su piel está muy quemada por el sol, tiene el pelo tieso (¡y no usa gomina!) y los dientes picados. Como parece mayor y bastante «chorizo» mis amigos se quedaron con la boca abierta.

Nano le extendió la mano y dijo respetuosamente:

—¿Qué tal, señor Apretao?

Curro le cogió el brazo y se lo retorció en la espalda, al tiempo que le contestaba con una pregunta:

—¿Qué tal, señor idiota?

Nano lanzó un grito. Luis y Fede retrocedieron alarmados.

Tuve que convencer a Curro para que lo soltara y explicarle que Nano solo había querido ser amable y darle la bienvenida.

—¿Amable? Este se ha querido reír de mí. Por cierto... —dijo bajando la voz y achicando los ojos—, ¿quién va por ahí pregonando mi apodo?

Enrojecí y traté de explicarle que lo había hecho para darle más bombo y que eso de



tener un sobrenombre era de lo más guay entre los colegas.

Luis propuso ir a dar una vuelta y comprar golosinas. Echamos a andar. Mis amigos miraban a Curro de reajo y cuchicheaban entre ellos. Me estaban poniendo nervioso.

En la tienda de golosinas compramos un montón de chucherías y, para asombro mío, Curro sacó un portamonedas y pagó.

–Tío –le dije–, aquí cada uno paga lo suyo.

–Pues en mi pueblo paga la «convidá» el que es un señor y, además, tiene dinero.

–No discutas, Miguel –intervino Nano dándome un codazo–. Hay que respetar las costumbres del señor Apretao.

Lo de señor Apretao sobraba. ¡Para qué abriría Nano la boca! Antes de terminar la frase, Curro le había dado un empujón y Nano retrocedía tambaleándose para ir a caer sobre las estanterías repletas de caramelos.

Curro gritaba:

–¡De mí no te pitorreas! ¡Nano, enano!

Yo intentaba apaciguarlo:

–¡Que no entiendes nada! ¡Que no se estaba metiendo contigo!

Pero él se empeñaba en perseguirlo y darle en la cabeza con la bolsa de las golosinas. Fede y Luis, asustados, se refugiaron tras la cajera.

Por fin, el encargado de la tienda puso orden. Curro pagó la compra, más un extra por los caramelos que habían caído al suelo.

Salimos. Fede y Luis caminaban delante, yo acompañaba a Nano, que gimoteaba. Curro nos seguía comiendo gominolas y relamiéndose.

Yo le lanzaba miradas asesinas. Estaba avergonzado. Pensaba que, por culpa de Curro, mis amigos se enfadarían conmigo.

Entramos en el parque y nos sentamos en un banco.

–¿Queréis? –Curro nos ofreció la bolsa de las golosinas.

Mis amigos lo miraron con desconfianza y negaron con la cabeza.

–¡Qué rencorosos sois! –suspiró–. A mí me ha «mosqueao» que Nano me llame

Apretao en público dos veces. Yo soy así. Mi abuela dice que tengo el genio vivo, pero se me pasa enseguida... ¿Hacemos las paces, tíos?

Todos asentimos y nos dimos la mano. Fede me hizo señas para que lo acompañara a la fuente, me temí lo peor.

—Oye, Miguel... ¿cuántos días se va a quedar Curro?

—Creo que se irá mañana. ¿Por qué?

—Porque sería una pasada llevarlo al cole y que le diera unos buenos mamporros a Gonzalito Serrano y compañía.

—¡Guay! ¿Y qué te parece, también, un buen susto a Penipelucas?

—¡Ni hablar! A Penélope ni tocarla.

¡Soy tonto! Penélope, más conocida por Penipelucas, es el amor secreto de Fede. Bueno, secreto secreto... no. Todos sabemos que Fede suspira por ella. Dicen que el amor es ciego y debe de ser verdad porque a Fede le gusta la niña más repipi, presumida, pelotillera y borde que existe en toda la Vía Láctea y galaxias vecinas. ¡Es repugnante!

Fede interrumpió mis pensamientos.

–Pues, lo dicho, si Curro se queda, lo llevas al cole y la armamos.

–Hay un problema: para que Curro nos ayude habrá que contarle lo que tú ya sabes, y no sé si hacemos bien en contárselo.

–¿Por qué no?

–Porque Curro es muy pesado y se va a estar metiendo conmigo durante años.

Entonces, Fede propuso que la Patrulla, o sea, nosotros, nos reuniésemos en sesión extraordinaria para tomar decisiones.

Mis amigos y yo formamos una especie de club secreto al que mi padre bautizó, en mala hora, como la Patrulla Capulla. Todos queríamos ser jefes hasta el momento en que descubrimos que el jefe sería... Capullo Mayor o algo peor. El caso es que somos como los mosqueteros:

¡Todos para uno y uno para todos!

Nos defendemos de los abusones en el recreo y corremos mil y una aventuras. Cuando estamos jugando solemos gritar: «¡A mí, mis capullos!». Y nos partimos de risa. Siempre

nos reunimos en casa de Nano, que tiene una habitación enorme donde podemos guardar nuestros tesoros. Allí tenemos nuestras reuniones. ¡Lo pasamos genial!

La Patrulla tiene sus leyes:

1.^a Solo se admitirán a las niñas que sean novias de alguno de los miembros fundadores (por ahora no hay peligro, ninguno está comprometido).

2.^a Si alguien del género masculino quiere entrar, abonará una cuota de 6 euros al mes y tendrá que superar unas pruebas.

3.^a Los miembros fundadores no pagan.

4.^a Se admiten toda clase de animales.

5.^a El nombre de la Patrulla (para evitar chufas) debe permanecer secreto.

Llevamos a rajatabla las normas y, por supuesto, no tenemos ni un euro porque nadie ha ingresado en nuestra Patrulla, desde que la fundamos, por dos razones fundamentales:

1.^a Porque nos bastamos nosotros cuatro para cubrir todos los puestos, a saber: presidente, capitán, secretario y tesorero.

2.^a Porque es un número ir preguntando por ahí: ¿quieres ser miembro de la Patrulla Capulla?

Todos se lo toman a mal. Te sueltan un guantazo y luego te preguntan: «¿Me estás llamando capullo?».

Ya sé que todo esto se evitaría cambiando de nombre, pero es que se ha convertido en un nombre con solera y nos cuesta sustituirlo por otro.

Bueno, pues volviendo al asunto que nos ocupa, o sea, a la reunión extraordinaria en casa de Nano, acordamos vernos después de la cena. Pero... ¿nos dejarían salir tan tarde?

—No te preocupes —dijo Curro—. Nos dejarán.

Este Curro no conoce a mi madre.

Cuando regresamos a casa, mamá estaba en la cocina y nos dijo que nos diésemos un baño antes de sentarnos a la mesa.

—¡Eh! ¿Los dos juntos? —preguntó Curro alarmado.

Mi madre le informó de que en casa había dos cuartos de baño y no era necesario que nos bañásemos juntos. Tuve que prestarle ropa limpia. Mi chándal le quedaba ridículo, pero dijo mi madre que, para estar en casa, no estaba mal.

Curro se metió en el cuarto de baño y, cuando salió, mamá fue a inspeccionar (eso lo hace siempre).

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. ¡Ven aquí, Miguel!

Corrí al cuarto de baño segurísimo de que Curro había provocado una inundación dejándolo todo lleno de espuma, las toallas tiradas por el suelo y todos los botes abiertos. Yo suelo hacer eso cuando me baño y juego a los marmotos. Pero cuando asomé la cabeza me quedé con la boca abierta: el suelo estaba seco, las toallas en su sitio, los botes de gel, champú, crema suavizante, aceite corporal y agua de colonia estaban cerrados y... ¡ordenados de mayor a menor! Ni rastro de espuma.



–Aprende, Miguel –dijo mi madre, satisfecha–. Este Curro es una caja de sorpresas. ¿Cuándo me darás tú una alegría semejante?

En ese momento sospeché que Curro era un pelotillero. Más tarde, cuando peló

patatas y cortó verduras, recogió la mesa, ayudó a tender la colada y se ofreció a bajar la basura, lo confirmé: el Apretao era... ¡¡un pelotillero asqueroso y baboso!!

Mi madre lo miraba encandilada y repetía constantemente:

–Miguelito, cielo, aprende de Curro.

Y él, más falso que una moneda de cuatro euros, decía:

–No tiene importancia. Desde chico estoy acostumbrado a ayudar en casa y ahora paso mucho tiempo con mis abuelos, que están muy torpes. Las personas mayores necesitan ayuda y muchas atenciones, ¿sabe usted?

–¡Uy, qué chico más sensible! –se derretía mi madre.

Entonces Curro, como quien no quiere la cosa, soltó:

–A propósito señora... ¿podríamos ir Miguel y yo a casa de Nano? Sería un momento.

–¿A estas horas?

–Solo son las nueve. Estaremos aquí antes de las diez.

–Mmm... no sé –dudaba mi madre–. Me parece que no son horas...

–Pero si es una visita cultural, mami –intervine–. Curro nunca ha visto el estudio de un escultor y Nano lo ha invitado.

El padre de Nano es un artista famoso. Tiene su estudio en la última planta de la casa y allí también está nuestra sala de reuniones. Ni que decir tiene que la Patrulla Capulla, debido a unos lamentables incidentes causados por mi cabra Rosalinda, tiene prohibida la entrada en el estudio por siempre jamás, pero eso no lo sabe mi madre...

–Haremos una cosa –dijo mamá–. Podéis ir a casa de Nano y yo avisaré a papá para que os recoja allí cuando vuelva del trabajo.

–¡Pero eso es muy poco tiempo! –protesté–. Papá viene a las nueve y media.

Mi madre se puso en jarras y, simulando ser un vaquero del Oeste, dijo con voz profunda:

–Lo tomas o lo dejas, forastero.

A lo que Curro contestó con entusiasmo:

–¡¡Lo tomamos!!

Acto seguido, contagiado por el espíritu vaquero, clavó el cuchillo de la carne en la mesa de madera de la cocina. Luego se echó un escupitajo en la mano y pretendió que mi madre chocara la suya con la de él.

Mamá dio un respingo y un paso atrás.

–Señora, hay que sellar los platos. –Curro seguía con la mano extendida.

Mi madre dijo que nos dejásemos de pamplinas y nos fuésemos ya.

¡¡Increíble!! Mi madre nos había dejado salir a las nueve de la noche.

Curro empezó a pavonearse en cuanto pisamos la calle.

–¿Qué te había dicho, chaval? Es que los de la ciudad tenéis la neuronas «contaminadas» y no discurrís como hay que discurrir para conseguir los objetivos propuestos.

Y, dándome una colleja, añadió:

–¡Alelaos, que sois unos alelaos!

Yo me mosqueé mucho, así que me planté en mitad de la acera y le dije:

–Oye, tú, Trivial Pursuit, que si echo a correr te quedas aquí más perdido que un

pingüino en la selva. Que yo también convenzo a mi madre cuando hace falta sin tanto «pelotilleo». ¡Ah! Y mucho cuidado con lo que dices en casa de Nano.

–¡Uhh! ¡Qué susto! Miguelito Rojano me va a dejar solito...¡Buaaa!

Cuando Curro se pone a hacer el ganso, tienes dos opciones: a) dejarlo y aguantarte o b) darle un mamporro y que él te dé otro más fuerte y aguantarte.

Elijo la opción a.